

nes en Araquistain, no es hoy moderado cuando ayer era revolucionario. Araquistain se sitúa siempre en un punto de vista que le permite analizar el momento político en una perspectiva histórica. Pero, como es lógico, para comprender esto, que aparece claramente para un marxista en todos sus textos, es preciso no retroceder ante la «complicación» del marxismo. También es lógico que en la actualidad, cuando se elude tanto la fundamentación teórica de las actitudes políticas como la perspectiva histórica, se huya de los textos de Araquistain y, en cambio, se recurra a otros que resaltan «la anécdota en el fondo insustancial» (pág. 12), feliz comparación de Tusell, para justificar posiciones que ni siquiera son heterodoxas.

LOS PRIMEROS SOCIALISTAS

Mariví Rodilla

Sarane Alexandrian.
El socialismo romántico.
Editorial Laia.
Barcelona, 1983.

Alexandrian consigue en la obra *El socialismo romántico* realizar un estudio profundo, sin prejuicios y ampliamente documentado sobre esa corriente de pensamiento que se ha venido conociendo comúnmente con el nombre de socialismo utópico.

Precisamente, el objetivo principal que guía la investigación del autor estriba en intentar desterrar toda una serie de interpretaciones y opiniones, falsas según él, que du-

rante muchos años han prevalecido a la hora de juzgar a autores como Saint-Simon, Fourier, Enfantin, Flora Tristan, etc... y que han hecho de ellos unos idealistas incapaces de concebir otra cosa que no fueran sueños imposibles de plasmar en la realidad.

La primera afirmación de Alexandrian desdice el calificativo que los ha envuelto siempre como una sombra acusadora: «Los socialistas románticos (como él prefiere denominarlos) no son unos utópicos». Hombres como Saint-Simon o Fourier, poseedores ambos de una genial amplitud de miras, no fueron unos soñadores sino unos reformadores, aunque en ocasiones anunciaran realidades en forma de predicciones o parábolas. Si se les ha considerado utópicos es porque sus objetivos audaces y sus insólitos proyectos, en apariencia a cien años luz de la realidad en que se planteaban, se adelantaban a ella en más de un siglo. Sus pretendidas extravagancias no serían otra cosa que intentos preclaros de ocuparse del «hombre total» con lo que este hombre tiene de poco razonable. Porque el socialismo es una idea romántica. El mismo desafío a la autoridad que impregnaba el romanticismo literario fue el que animó a los reformadores políticos y religiosos que fueron los socialistas románticos y el que estuvo presente en todas sus actividades e ideas: desde su forma de vestir, en ocasiones discordante y sobre todo provocativa, hasta las conspiraciones en las que Blanqui o Barbès eran capaces de jugarse la vida.

El socialismo romántico, localizado principalmente en Francia, evoluciona en forma continua desde 1803, fecha del primer escrito de Saint-

Simon, hasta 1848, año en que cae la monarquía parlamentaria de Luis Felipe. Aunque poseedores de métodos diferentes, los socialistas románticos sí que tuvieron unas directrices de acción que fueron comunes a todos ellos. La principal de ellas parte de la idea de que todo sistema que debe ser impuesto por la fuerza es falso; a partir de esta consideración, fueron contrarios a un cambio violento de la sociedad y a las revoluciones sangrientas como forma de implantación de ideas. Contrarios, también, al planteamiento de la lucha de clases, abogan por la unión de clases como única forma de desembocar en una nivelación total y definitiva de la sociedad. Otra de sus ideas en común se refería a algo que aún provoca posturas encontradas; los socialistas románticos combatieron fervientemente el miserabilismo, para ellos la cuestión no estaba en una igualdad en la pobreza sino en un enriquecimiento de los pobres sin un empobrecimiento de los ricos.

Pocos fueron los problemas inmediatos que los socialistas románticos dejaron de tratar de solucionar; de hecho, uno de los intentos de Alexandrian consiste en la demostración de hasta qué punto la filosofía social moderna deriva fundamentalmente del socialismo romántico, de sus reflexiones sobre temas tan marcados, como la organización del trabajo, la ciudad y el campo (Fourier fue, tal y como reconoció Engels en el *Anti-Dühring*, el primero en abolir la antinomia entre la ciudad y el campo), la destrucción del medio ambiente, la dietética, las crisis de producción del capitalismo, la discriminación de la mujer, etc... Sin embargo, no se limitaron a intentar solucionar problemas concre-

tos y del momento sino que además no dudaron en buscar soluciones a largo plazo, en organizar el futuro, pues éste no era para ellos sino una página en blanco en la que el hombre podría proyectar todos sus sueños.

Lo que aparece como evidente es que las ideas del socialismo romántico tuvieron una presencia de gran importancia en el siglo XIX, y su influencia fue aumentando progresivamente alcanzando su plenitud y expresión más libre durante el reinado de Luis Felipe de Orleáns. De hecho, sus postulados estuvieron latentes en los objetivos de todos los movimientos revolucionarios del siglo pasado, y éstos, a su vez, influenciaron y determinaron sustantivamente principios que se vieron refundidos en vistas a su cumplimiento futuro.

Alexandrian traza un análisis detallado de las principales corrientes y autores del socialismo romántico, desde Saint-Simon y los sansimonianos hasta las sociedades secretas, pasando por Fourier y los fourieristas, Leroux y el comunismo icario. Sin embargo, la parte más interesante de su trabajo es posiblemente, por tratarse de un tema menos conocido, el capítulo en el que se refiere a la participación de las mujeres en el movimiento del socialismo romántico.

El autor considera el feminismo como uno de los grandes inventos del socialismo romántico, y fueron el sansimonismo y el fourierismo las corrientes que más contribuyeron a su desarrollo; Charles Fourier, por ejemplo, contrariamente a las acusaciones de misoginia que ha recibido y recibe, postuló claramente la emancipación sexual y económica de la mujer.

La Revolución Francesa y los subsiguientes años de república no trajeron cambios sustanciales para la condición de la mujer, ni práctica ni ideológicamente. Salvo honrosas excepciones como la de Condorcet, feminista convencido, los hombres de la revolución del 89 siguieron considerando que la función de la mujer en la sociedad consistía en proporcionar hijos a la República y en no discutir sus leyes con el hombre; las pocas mujeres que pretendieron cambiar la situación no recibieron más que indiferencia o desprecio, cuando no risas. No es, por tanto, sino en tiempos del romanticismo cuando se dará un impulso decisivo al problema de la liberación de la mujer con planteamientos en muchas ocasiones radicales e, incluso, actuales.

Fue en estos años del siglo XIX cuando las mujeres empezaron a luchar por ellas mismas y la mayoría de los románticos se incorporaron, al menos en un principio, al sansimonismo o al fourierismo. En 1832 se fundó la primera revista feminista; en ella se preconizaba una liberación de la mujer a nivel moral, intelectual y materialista. Algunas mujeres, como las conocidas bajo el apelativo de «las paganas», plantearon reivindicaciones a nivel sexual impensables en aquellos años, como era la del derecho a la inconstancia, al tiempo que cuestionaban de forma radical el matrimonio. Otras, como Flora Tristán, asociaron la emancipación de la mujer con la del proletariado y trabajaron denodadamente para conseguirlo. En general, la acción de las paganas, las vesubianas, Flora Tristán, Pauline Roland, Jeanne Deroin y un largo y anónimo etcétera, supuso el primer planteamiento históri-

co coherente y organizado de la opresión a la que la mujer se encontraba sometida y de su necesidad de acabar con ella a todos los niveles. Muchas de las reivindicaciones que pretendieron conseguir continúan vigentes hoy mismo; la visión que tuvieron de su derecho a la igualdad, el trabajo, a la educación, a la participación política, a la libertad sexual, sus reclamaciones de una infraestructura que permitiera ir convirtiendo en realidad estos derechos y su clara conciencia de la necesidad de un cambio de mentalidad y de una transformación social general, constituyeron, sin duda, las bases para los logros y las reivindicaciones del feminismo de hoy.

El último capítulo de *El socialismo romántico* está dedicado a Augusto Comte. ¿Qué papel juegan Comte y el positivismo en una obra sobre socialismo romántico? Alexandrian presenta a Comte como el pensador que llevará a su máxima plenitud los principios de la organización social que aprendió de su maestro Saint-Simon, modificados y adaptados a las necesidades generales que se plantean tras la muerte de aquél. Desde este punto de vista el positivismo de Comte sería la forma definitiva del socialismo romántico, y la ciencia bautizada y definida por Comte, la sociología, la elaboración colectiva del socialismo romántico.

Quizá se puedan tener diferencias de opinión con Sarane Alexandrian por algunas de sus valoraciones de fondo referentes a lo que supuso el socialismo romántico, y hasta es posible que socialistas como Fourier y los icarios, si pudieran levantar la cabeza, se mostraran bastante ofendidos con la consideración de que el positivismo engloba y perfec-

ciona todas las ideas del socialismo romántico. De cualquier manera, lo que sí es necesario reconocer es que esta obra resulta de gran valor para cualquiera que desee adquirir un conocimiento general sobre un movimiento de tanto interés como fue el socialismo romántico.

LAS DIMENSIONES DEL SOCIALISMO VASCO

Manuel Escudero

Txiki Benegas.
El principio de la esperanza.
Ed. Bruguera.
Barcelona, 1984.

Ricardo García Damborenea.
La encrucijada vasca.
Ed. Argos-Vergara.
Barcelona, 1984.

Los libros *El principio de la esperanza*, de Txiki Benegas, y *La encrucijada vasca*, de Ricardo García Damborenea, han sido publicados coincidiendo con las pasadas elecciones al Parlamento Vasco. Se trata de dos documentos que aportan como novedad el hecho de que se han escrito desde la actividad política.

Una primera observación a hacer sobre el esfuerzo intelectual dedicado a entender el fenómeno del nacionalismo vasco y del hecho nacional de Euskadi es que se ha realizado hasta la fecha principalmente desde un punto de vista histórico. Se echan en falta estu-

dios desde otras dos vertientes:

— Análisis basados en el cuerpo conceptual de la teoría del nacionalismo. En la bibliografía utilizada con referencia a Euskadi se comprueba la ausencia de diversas elaboraciones conceptuales, tales como las de Ernest Gellner, E. Keduri, Michael Hector, Tom Nairn, Anthony Smith, etcétera...

— Análisis de la realidad actual, de la evolución del nacionalismo vasco en la nueva etapa democrática; es decir, a partir de que en el nuevo contexto democrático el nacionalismo inicia un proceso en el que revela su naturaleza.

Es a esta segunda vertiente a la que pertenecen los libros aquí reseñados. Son libros de diagnóstico de los nuevos problemas surgidos en Euskadi y de valoración del nacionalismo vasco «puesto en marcha».

El principio de la esperanza es una recopilación de artículos y conferencias de Txiki Benegas que abarcan los años 1978 a 1984.

Destaca en este libro la *constancia* con que una serie de problemas y alternativas se repiten a lo largo de los años. Esta constancia del «corredor de fondo» es una cualidad imprescindible en un político progresista en Euskadi; está además plenamente justificada porque se corresponde con lo que la realidad vasca brinda: desgraciadamente, el proceso político en Euskadi se parece mucho a uno de nuestros viejos trenes de mercancías que se mueven mucho pero avanzan poco.

A lo largo del libro se pueden identificar tres cuestiones fundamentales, señaladas co-

mo tales por Txiki Benegas desde 1978: a) Construir una realidad nacional vasca como una comunidad plural, progresista y corresponsabilizada en la consolidación del nuevo Estado democrático; b) enfrentarse al terrorismo para desterrarlo definitivamente de Euskadi; c) superar la profunda crisis económica que padece el País Vasco.

A lo largo de los años, tratando de cada uno de estos frentes o de los tres en su conjunto, se va plasmando la profunda convicción del autor acerca de la necesidad de un Acuerdo (que también llama Pacto o Compromiso) entre todos los partidos democráticos vascos con las instituciones autonómicas y de éstas con las instituciones centrales para abordar estas tareas.

El libro presenta también el *aprendizaje* que el proceso democrático ha supuesto acerca de cómo se puede lograr este acuerdo con el nacionalismo vasco.

En 1980, en la antesala de las primeras elecciones autonómicas, Txiki Benegas se preguntaba: «¿Será capaz este primer Gobierno Vasco de asumir con la valentía y la responsabilidad necesarias la lucha por el aislamiento y la erradicación definitiva del terrorismo, la adopción de las medidas necesarias para reactivar la economía vasca y el desarrollo racional y sin veleidades independentistas del contenido del Estatuto de Autonomía?»¹.

En 1982, después de dos años de Gobierno del PNV, Txiki Benegas caracterizaba el proyecto político nacionalista² como:

— Un proyecto de espaldas a la Constitución y, en conse-